

RAFAEL VILLAVICENCIO: PROGRESO, POLÍTICA Y CONSTRUCCIÓN DE CIUDADANÍA.

Dra. Marta De La Vega Visbal.
Profesora Titular
Universidad Católica Andrés Bello
Venezuela

Resumen:

Rafael Villavicencio, ilustre desconocido venezolano, nacido en 1838 y muerto en 1920, cuyo pensamiento ha sido muy poco divulgado, tuvo una vida fructífera tanto por su trayectoria académica sobresaliente, su ejemplar ejercicio profesional en su condición de médico, como por sus contribuciones al adelanto científico y filosófico del país. Junto con el científico alemán Adolfo Ernst, en Venezuela desde 1861, introdujo el pensamiento positivista de Augusto Comte en la Universidad de Caracas y fue su primer divulgador público, incluso en América entera.

Analizaremos su discurso en la repartición de premios en el Acto de Fin de Año de la Universidad de Caracas, en 1866, a fin de explicar el modo como, a la vez que propone en público por primera vez en Venezuela el positivismo como herramienta esencial de progreso, se separa de este sistema filosófico en su interpretación de la realidad, al sostener la necesidad de un régimen de libertades en el plano económico y social, la perfectibilidad incesante del ser humano y la conciliación entre ciencia y religiosidad.

Fue intérprete pionero de la realidad de Venezuela, a favor de un cambio profundo en la mentalidad y en las instituciones, en función del progreso, el desarrollo de las ciencias naturales y su práctica en la medicina, así como en la aplicación de las leyes científicas al conocimiento social y a su transformación. Analizó las condiciones para asegurar el progreso de Venezuela, su evolución histórica ascendente hacia la plenitud de los logros de la civilización, siguiendo la filosofía positiva de Comte, para quien el positivismo constituía la última etapa en el proceso evolutivo de la humanidad. Si bien no fue posible en su tiempo la concreción de los esfuerzos de Villavicencio para dotar al país de una infraestructura sanitaria estable y eficiente; de condiciones de salubridad que favorecieran el descenso de la morbilidad, de la mortalidad y el crecimiento demográfico; de políticas gubernamentales que garantizaran, con la cooperación de los particulares, un plan nacional de salud, sus propuestas, pensamiento y contribuciones mantienen toda vigencia.

No fue un ortodoxo positivista pues recibió, como él mismo cuenta en su famoso Discurso de 1866, que analizaremos en esta oportunidad, el influjo de Augusto Comte (1798-1857) pero sobre todo a través de las lecturas del discípulo Emilio Littré (1801-1881), quien sólo se había acogido a los aspectos referidos al método, mas no a la dogmática doctrinaria del

filósofo francés. Littré, uno de los seguidores de éste, no aceptaba, en efecto, “la necesidad de comprender como una unidad orgánica los dos momentos más importantes de su trabajo filosófico”, según destacamos en el libro *Evolucionismo versus positivismo. Estudio teórico sobre el positivismo y su significación en América Latina*.¹ Así lo había establecido Comte desde sus escritos juveniles, como aparece en el “Apéndice” del tomo IV del *Sistema de Política Positiva*.² Al respecto, el propio Comte alerta en uno de sus escritos que “aun en vida, existen discípulos consecuentes y aquellos que se empeñan en ignorar una parte importante del trabajo que llevé a cabo”. Así, escribe: “...quienes se limitan sin embargo a la filosofía positiva, rechazando la religión correspondiente, yo no dudo en absoluto en considerar su conversión como abortada. Su inconsecuencia, entonces sin excusa, indica necesariamente o la impotencia del espíritu o la insuficiencia del corazón...”, puesto que “no es válido pretender separar las dos etapas de su obra, la del *Curso de Filosofía Positiva*³ en primer lugar, y la del *Sistema de Política Positiva*, en segundo lugar, considerando a aquélla como la estrictamente positivista y a ésta última como un desvarío”. Son positivistas “a medias”, afirmó Comte; no obstante, así lo interpretó su directo seguidor, Littré. En esta misma dirección, también Rafael Villavicencio fue un positivista “ecléctico”. No hay el menor rastro, en toda su obra, de adhesión a la Religión de la Humanidad de Comte, aunque sí tomó de éste la necesidad de laicizar la sociedad y por consiguiente, de separar claramente la Iglesia del Estado, expresada en sus peticiones en el Congreso.

Deslumbraba la vasta erudición de Rafael Villavicencio y el modo literario cuidadoso y diáfano para transmitir sus conocimientos y propulsar sus ideas. Como subrayan Pedro Grases y Manuel Pérez Vila en *Política y Políticos del siglo XIX Venezolano*⁴, “Se trata de un estupendo caso de influencia universitaria, desde las aulas, que va a alcanzar, además, una gran repercusión en la vida intelectual de todo el país”. Participó, como fundador y como presidente, algunas veces, en el desarrollo de iniciativas privadas de gran peso en la cultura nacional como la Sociedad de Ciencias Físicas y Naturales, establecida en 1867; el Instituto Venezolano de Ciencias Sociales, fundado en 1877, y la Sociedad de Amigos del Saber, creada en 1882.

Sus intervenciones en la política, a pesar de que no cejó en su propósito de hacer de ella un instrumento para el progreso del país, le trajeron muchas frustraciones y desencanto. Sin

¹Cfr. Marta De La Vega. *Evolucionismo versus Positivismo. Estudio teórico sobre el positivismo y su significación en América Latina*. Caracas, Monte Ávila editores Latinoamericana, 1998.

²Auguste Comte. *Système de politique positive. Ou traité de sociologie, instituant la Religion de l'Humanité*. 4 tomes. I: 1851, II: 1852, III: 1853, IV: 1854. Paris, chez l'auteur, 10, rue Monsieur-le-Prince, et chez Carilian-Goeury et Victor Dalmont, 1851-1854. Todas las traducciones son nuestras.

³Auguste Comte. *Cours de philosophie positive*. 6 tomes: I: 1830, II: 1835, III: 1838, IV: 1839, V: 1841, VI: 1842. Paris, Bachelier, Librairie pour les Mathématiques, 1830-1842. Todas las traducciones son nuestras.

⁴Pedro Grases y Manuel Pérez Vila. *Política y políticos del siglo XIX venezolano*. Prólogo de Ramón J. Velásquez. Caracas, ediciones del Colegio Universitario Francisco de Miranda, 1978.

embargo, mantuvo, hasta el final, una vida sin estridencias, dedicada al servicio del saber para servir a su prójimo y así servir a su país.

Es escaso lo que hasta ahora se ha escrito sobre él y su obra. Es pertinente poner de relieve la importancia del pensamiento y acciones de Rafael Villavicencio, eminente médico, investigador, humanista y filósofo; el reconocimiento que merecen sus constantes aportes durante su periplo vital, la necesidad de su presencia en el criterio de quienes hoy investigan y piensan acerca de la realidad venezolana y de América Latina; de quienes dirigen los países hoy y también mañana en Iberoamérica; el valor enorme de su ejemplo en el ejercicio de un compromiso moral individual para con su patria, en la exigencia de una ética pública sin tachas y en la construcción de ciudadanía.

Palabras claves: Progreso, Política, Positivismo, Espiritualismo, Democracia, Ética pública, Ciudadanía.

Introducción

La aspiración de Rafael Villavicencio por una Venezuela civilizada, que tuviera, en el campo específico de su especialización, la medicina, una salud organizada, eficiente y eficaz para todos, era un modo de lograr una democracia efectiva y garantizar el ejercicio pleno de la ciudadanía. Paradójicamente, a más de cien años de su formulación, esta aspiración se ha vuelto de nuevo un *desideratum* en la Venezuela de hoy que, en su fase reciente, ha involucionado en muchos aspectos, después de casi 13 años de un ejercicio autocrático y excluyente del poder, cada vez con menor disimulo, por el actual Presidente de la República, Sr. Hugo Chávez, bajo un régimen militarista enmascarado formalmente como democracia. Con este régimen, a pesar de los ingresos exorbitantes de más de setecientos mil millones de dólares que ha recibido el gobierno por la renta petrolera, han sido destruidos el sistema nacional de salud antes existente, hospitales y centros ambulatorios, sin que funcione adecuadamente la llamada “misión de barrio adentro”; los procesos educativos que propiciaron movilidad e integración social, el sistema de museos nacionales, aunque afortunadamente subsista, por las características de su dirección, el sistema de orquestas y música coral fundado hace más de 30 años durante el primer gobierno de Carlos Andrés Pérez; la vialidad y los puentes se desmoronan por falta de mantenimiento, arrebatado a los gobiernos regionales por el Ejecutivo; colapsan el sistema

eléctrico nacional, la producción agrícola para el consumo interno, menos aún para exportación, y nos convertimos de nuevo en una economía de naturaleza importadora para más del 90% de los bienes que requiere el país, por no mencionar sino algunos factores de progreso afectados o deteriorados por carencia de políticas públicas, improvisación, negligencia en la planificación, desinversión y ausencia de mantenimiento sistemático. Hay una sumisión flagrante de los otros Poderes Públicos a la voluntad del Poder Ejecutivo. Sobre todo, se han inoculado el odio social, la lucha de clases y el resentimiento como motores de cambio social, lesionando gravemente el tejido de la sociedad y la confianza, a la vez que aumentando la criminalidad y la delincuencia, amparados en la impunidad y la parálisis o tergiversación del sistema judicial, más que nunca hoy fuente de injusticia y persecución política.

Estamos, a pesar de los ingentes recursos, en condiciones muy semejantes de insuficiencia, precariedad y pobreza a las descritas por Rafael Villavicencio. Por eso, la vigencia de sus planteamientos. Después de logros importantísimos alcanzados durante el proceso de modernización, urbanización y dignificación crecientes y pacíficas del país, iniciado a partir de 1936, se consolida un régimen democrático después de dos golpes militares y una dictadura entre 1945 y 1958, bajo la modalidad de una naciente democracia de partidos, afianzada luego en el lapso comprendido entre 1958 y 1978. El desbordamiento histórico de este proceso de avance social y desarrollo económico se produce a partir del primer gobierno del Presidente Carlos Andrés Pérez. El súbito enriquecimiento de las arcas del Tesoro Público por el *boom* petrolero en la década de 1970, contribuyó a desviar el camino de una democratización progresiva, de una integración social creciente, de expansión del nivel educativo nacional, de mejora en la calidad y el acceso mayoritario a la salud. La movilidad social generada por las políticas de Estado en educación, salud, vivienda y cultura había estimulado también una profundización de las demandas sociales. Esto puso en peligro la distribución bipartidista del poder político, así como la estructura clientelar del Estado y la corrupción generalizada en cuanto principales mecanismos de participación en el sistema político populista. Satisfacer las exigencias crecientes significaba cambiar las estructuras de poder; instaurado un reparto muy desigual de las prebendas y beneficios de la

renta petrolera, como parte de la lógica populista, la profundización de la democracia es frenada por las imposiciones de la “disciplina” partidista; por el pragmatismo creciente de los partidos dominantes entonces, Acción Democrática, de ideología socialdemócrata y Copei, de la democracia cristiana, que adquieren fuerza hegemónica, extravían sus posiciones principistas y programáticas y se transforman, en vez de intermediarios entre la sociedad y el Estado al servicio de los ciudadanos, en maquinarias organizadas en función de la distribución de parcelas de poder de acuerdo con intereses particulares y parcialidades políticas. A su vez, la población no termina de madurar para lograr construir y ejercer la ciudadanía; se establece una relación de dependencia, por no decir sumisión, entre el gobierno de turno y la población. Facilismo, pasividad y poco sentido del logro prevalecen en la actitud y la cultura del venezolano común y corriente, con una atomización creciente y una muy baja integración de la sociedad. La inclusión como desafío político se resquebraja, en detrimento de los estratos socioeconómicamente más vulnerables de la población. Se impone una política pública orientada por un líder carismático más que por la eficacia de las instituciones; desplegada bajo una modalidad asistencialista y demagógica por parte de un Estado centralizado, dirigista y clientelar. Éste propició, con el amiguismo, la anomia moral, la laxitud ante el cumplimiento de las normas y el debilitamiento de las instituciones, falta de reglas de juego claras y una distorsión del papel de los partidos en la sociedad, que llevaron a su descrédito y a la incredulidad de los electores. Se estimula una mentalidad oportunista, acomodaticia y utilitaria de la gente, cuya adhesión y mecanismos de participación tienen carácter “crematístico”; se desarrolla una cultura política sumisa a los líderes que dominan el aparato del Estado, ocupan cargos y ejercen influencia. El apoyo se daba al líder que más beneficios materiales ofreciera; se distorsiona el proceso democratizador en aras del inmediatez de las gratificaciones. Fue así como se impuso una cultura social inclinada a la ganancia sin esfuerzos, al éxito sin trabajo, a la riqueza sin méritos. Y ahora, además, a la cultura del resentimiento.

Algunas empresas e instituciones, como PDVSA, Polar, o la Universidad Simón Bolívar, por ejemplo, eran excepciones que confirmaban la regla, o instituciones tan importantes como la Universidad Central de Venezuela, se debatían internamente en la manifestación

antagónica entre una realidad de excelencia y la mediocridad, entre el amiguismo y la meritocracia, entre la demagogia y genuinos logros.

Este es el contexto en el que surge un “outsider”, un militar que legitima sus fallidos intentos de golpe de Estado con una retórica redentora y mesiánica; que promete un modo distinto de hacer política, lucha radical contra la corrupción, transparencia, gestión eficiente de gobierno para todos y profundización de la democracia a fin de superar la exclusión económica y social. Casi 13 años después, ninguna promesa ha sido cumplida sino todo lo contrario: se han exacerbado los vicios del pasado y las viejas prácticas de hacer política; además, destrucción de la infraestructura, quiebra, arrinconamiento o despojo del empresariado y de los sectores privados; usurpaciones o confiscaciones en propiedades rurales bajo supuestos procesos de expropiación, cuyos procedimientos efectivos, a la fuerza y con apoyo del ejército o la guardia nacional, coliden con lo previsto por la Constitución. Falta de profesionalismo en la administración pública, porque importa más que la calificación y la idoneidad entre los funcionarios, la filiación política, la obediencia ideológica y la adhesión al proyecto del “socialismo del siglo XXI” del Presidente Chávez. El Estado es hoy el mayor empleador. Hipertrofia del sector público y “bozal de arepa” de los funcionarios. Y mucha dádiva interna y externa del gobierno, que ha usurpado las estructuras del Estado y ha hecho de los sectores más desprotegidos, mendigantes sumisos al gobierno por coacción económica; y al gobierno, corruptor de sectores empresariales y grupos económicos que obtienen pingües ganancias por su oportuna vinculación con altos personeros gubernamentales.

Nunca se imaginaría Rafael Villavicencio que sus propuestas habrían de ser hoy tan actuales y oportunas ante tal panorama. No había duda para él de que organizar la República y dotarla de estabilidad eran medios indispensables para lograr la paz, el orden y el progreso en Venezuela. Tal fue también, de manera reiterada, la meta, inspirada en la filosofía de Comte, que buscaba el ilustre médico caraqueño para “sanar” la República de la anarquía y demás endemias sociales que obstaculizaban su ingreso pleno en el proceso civilizatorio de las naciones más avanzadas.

El positivismo como método y filosofía del progreso. El Discurso de 1866

En el acto de repartición de premios de la Universidad Central de Venezuela, el 8 de diciembre de 1866, en el templo de San Francisco, en Caracas, Rafael Villavicencio pronunció el discurso de clausura del año académico.⁵ En esa oportunidad, como señalamos en el libro *Evolucionismo versus Positivismo*, hizo la primera presentación pública y oficial del positivismo, conocido en Venezuela incluso más tempranamente que en México con Gabino Barreda (septiembre de 1867). Aunque así comienza su “institucionalización” en el país y por tanto, su vigencia histórica, a pesar de las grandes resistencias que despertó, “ya había penetrado en los círculos intelectuales ilustrados, al menos en la capital, como lo dejó saber Villavicencio al comenzar su exposición: ‘Yo sé que hay en mi auditorio muchas personas que no encontrarán novedad en mi discurso...’.”

Su punto de partida para desarrollar el tema fue triple. Por un lado, la perfectibilidad del ser humano; por otro lado, el progreso indefinido; en tercer lugar, el sometimiento ineluctable de todos los procesos históricos y de su organización a leyes infranqueables: “ninguno es libre de obrar contra las leyes naturales sin correr graves peligros”. El camino para el progreso es despojarse de la ignorancia, sacrificar sus vicios, sus violencias y sus debilidades en aras de la civilización, ilustrándose, para anular lo que impide su desarrollo y aumentar su libertad. Para Villavicencio, los hombres son perfectibles por naturaleza, y una vez satisfechas sus necesidades actuales, aspiran siempre a colmar nuevas necesidades, que son siempre de un orden más elevado que las anteriores. Para él, “he aquí la causa del progreso indefinido” y a la vez, estos hechos refutan la idea pesimista que han sostenido pensadores que Villavicencio no menciona, pero que parecieran adscribirse a un cierto “biologismo cultural” según el cual toda civilización, nace, se desarrolla, entra en su apogeo, y muere, porque también declina su fuerza moral.

⁵ Hemos utilizado para el análisis del discurso, el texto publicado en: Rafael Villavicencio. *Escritos del doctor Rafael Villavicencio*. 5 volúmenes. Compilación, notas y estudio introductorio de Rafael Fernández Heres. Caracas, Academia Nacional de Historia, Serie Obras Completas, 1989. También cotejamos el discurso en la publicación: V.V.A.A.. *Pensamiento Político Venezolano del siglo XIX. Textos para su estudio. La Doctrina Positivista*, Número 13, Tomo II. Publicaciones del Congreso de la República de Venezuela. Ediciones Conmemorativas del Bicentenario del Natalicio del Libertador. Caracas, 1983.

Al contrario de la idea que considera que “la ley del progreso intelectual (...) según aquella desoladora teoría, envuelve la decadencia de las costumbres y la corrupción en el mundo moral”, Villavicencio aspira a demostrar en su Discurso que “la civilización es tan favorable a la religión y a la moral como lo es a las ciencias y a las artes; a la libertad como al orden”. Para él, la civilización significa que a la vez que “el hombre ilustra su entendimiento, que se proporciona bienestar con las riquezas adquiridas por la industria, que procura mantener el orden social, suaviza sus costumbres, depura su moral, y se hace verdaderamente libre.” Por tanto, el proceso evolutivo de las civilizaciones ha de ser progresivo, ascendente y también emancipatorio, es decir, liberador.

Es lo que quiere para Venezuela. Para él, “según la etimología, la palabra civilización envuelve la idea del progreso en general”. El progreso no significa solamente adelantos intelectuales y materiales, lo que lo sacaría de su verdadero significado. A la vez que “desenvolviéndose en el hombre las facultades intelectuales, debe perfeccionar el conocimiento de lo bueno, de lo justo y de lo bello como todos los otros conocimientos, y estas ideas arrastran con fuerza irresistible nuestros afectos, toda vez que se las ha comprendido de lleno”. No basta, para que haya progreso, sólo el perfeccionamiento intelectual, ético, estético o material. Todos los aspectos conjuntamente deben concurrir a esa meta, de acuerdo con las leyes que rigen las grandes evoluciones de la humanidad, siguiendo “el espíritu científico aplicado a los sucesos que nos refiere la historia”. Esta indisoluble relación entre lo material y lo moral, lo espiritual y lo pragmático, lo objetivo y lo emocional, van a traducirse en progreso pleno, no en progreso parcial o unilateral: “el desarrollo de la industria, libertándola de todo monopolio, de toda ganancia ilegítima, y acostumbrando al hombre al trabajo, a la economía y a la justicia, mejora sus costumbres y sus relaciones sociales.” Por consiguiente, no hay ascenso hacia la civilización sin economía productiva y sin perfeccionamiento moral.

Otro aspecto interesante de este Discurso de 1866 es el modo como Rafael Villavicencio, naturalista, integra la comprensión científica de la realidad con la concepción de un orden sobrenatural que solamente la fe nos hace ver, cuyo último fundamento es Dios. Así, afirmó:

Si se observa atentamente la organización social, se encontrará la más perfecta regularidad en sus evoluciones, el acuerdo más completo en todos los intereses; y el individuo que busca su propio bienestar, contribuye a la felicidad común: así, el mal físico da severas lecciones que impiden el desarrollo del moral, poniendo al hombre en capacidad de remediarlo.

Esto significa que todo, en el cosmos, desde la perspectiva de las ciencias positivas, está perfectamente articulado; el azar no es sino un rostro de la necesidad. Pero esta regularidad compleja tiene un sentido y un destino que traspasa el horizonte de la naturaleza. Y el único modo como lo podemos apreciar es a través de la fe:

*Hermosísima armonía que hace brotar en nuestras almas esa fuente de agua viva que llamamos **fe**; que nos adormece deliciosamente el arrullo consolador de la **esperanza** y que mostrándonos a la sociedad avanzando con paso firme en el camino del bien por los avisos del mal, y a los miembros de la familia humana estrechamente unidos entre sí para la consecución de tan grande obra, nos hace ver a los hombres como hermanos ligados por los lazos de la **caridad** y de los intereses.*

Subrayamos estas tres palabras: fe, esperanza y caridad. La fe es inseparable de la esperanza y nos conecta con el amor (caridad), en una alusión clara de Rafael Villavicencio a las “virtudes teologales” de la teología católica. Estas tres virtudes o dones, recibidos por la gracia de Dios, son “los hábitos que Dios infunde en la inteligencia y la voluntad de los seres humanos para ordenar sus acciones en relación a Dios mismo”; provienen de Él y son la fuente del diálogo con Dios, según el catecismo de la Iglesia. Significa que el orden del cosmos no sólo se explica por las leyes naturales, ineluctables, sino por un orden sobrenatural, que rige al conjunto de la Creación. Por eso, concluye el joven orador este pasaje, así:

Bellísima armonía que en nada difiere del orden inmutable que la astronomía demuestra en los movimientos que ejecutan en el espacio esos inmensos globos celestes; de los procesos regulares de la vida que la biología ha sorprendido introduciéndose en el secreto de los órganos; de la maravillosa transformación

de la materia y su paso permanente del estado inorgánico al organizado y viceversa; y que arrebatando al sabio de admiración y de entusiasmo le hace sumergir las sienes en el polvo, y exclamar poseído de profunda reverencia y fervoroso arrobamiento: Digitus Dei est hic.

“El dedo de Dios está aquí”. Esta traducción de su afirmación en latín nos revela la fuerza de sus convicciones religiosas, la fe que mantuvo, hasta su muerte, y la espiritualidad con la cual se aproximó como profesional, desde su juventud, a las ciencias positivas. Ellas son el único medio para obtener certezas objetivas; así, inmediatamente, en el mismo Discurso, agrega: “Pero el mejor medio, señores, para demostrar mi tesis es el examen de los hechos...”.

Sin embargo, Villavicencio, desde el punto de vista de las ciencias, está claro en que “lo absoluto es inaccesible al espíritu humano que, siendo limitado, no puede dar solución sino a cuestiones que tengan este carácter”, como reconoce en este Discurso de 1866 y por ello, quien “pretendió conocer la causa primera y la razón última de la creación”, -es decir, la obra del Creador- que es incognoscible, no puede sino estrellarse contra grandes concepciones metafísicas cuyo papel, siguiendo el enfoque teórico de la filosofía positiva, ha sido esencialmente crítico, al aspirar “a hallar solución a las cuestiones absolutas por las solas luces de la razón”; y negativo porque, al intentar ir en contra de todo orden político y moral “para destruir lo existente, y sustituirlo con teorías que, desprovistas de sólido fundamento, se desvanecen como el humo y más de una vez ha conducido (a) los filósofos al materialismo.” O peor, “al horrible escollo del escepticismo”. Villavicencio no se reconocía en ninguna de estas dos categorías. Aquí está adoptando como referencia de su análisis la etapa “metafísica” de la historia de la humanidad, necesaria mas insuficiente, hacia su plenitud “positiva”, según el esquema teórico de Comte.

Nunca se consideró como un materialista, incluso a pesar de que entre los alumnos, como relatara Carlos Rodríguez Jiménez⁶, “se comentaba que era un profesor ateo”, pero también que en “sus clases de filosofía les hablaba de la existencia de Dios y de la inmortalidad del alma”. Y agregaba el antiguo estudiante al recordar a su maestro: “era un profesor muy querido y respetado por sus alumnos y dueño de una gran bondad.” Sobre esas acusaciones a las que tuvo que enfrentarse con frecuencia, desde el comienzo de su actividad docente en la cátedra de Historia Universal, Villavicencio escribió, en un artículo publicado en *La Opinión Nacional* el 12 de marzo de 1875, lo siguiente:

Se hace circular entre la gente timorata, la especie de que yo aprovecho la cátedra que regento para predicar y esparcir entre los alumnos el materialismo. Es sensible que los que se ocupen en tales cosas no se hayan tomado el trabajo de venir a oír siquiera un día mis lecciones, aunque no fuera más que para cumplir con el precepto cristiano y de moral universal, de no decir nunca sino la verdad. No es concebible que personas que se encuentran tan celosas de los dogmas y creencias de aquella religión, se olviden de aquéllos cuando se trata de la práctica, la parte más hermosa sin duda y más útil de la humanidad...

También sostuvo en su Discurso de 1866, en contraposición con las reflexiones metafísicas: “Las ciencias, por el contrario, nos ofrecen un sello del todo diferente: sus verdades son eternas, su marcha ascendente, su carácter positivo, su dominio universal.” Villavicencio, en efecto, aunque no renuncia a la presencia de una dimensión divina, que está más allá de la naturaleza en su totalidad, rechaza la metafísica, por cuanto, como los sabios de su tiempo, a quienes alude para identificarse con ellos, la considera justamente relegada “al inútil cuadro de las especulaciones del espíritu en su impotente esfuerzo por alcanzar lo imposible”, siguiendo las enseñanzas de su insigne maestro Augusto Comte. “Mientras que

⁶Anécdota recogida de uno de sus antiguos alumnos, ya anciano, en el primer libro biográfico publicado sobre Rafael Villavicencio: Luisa M. Poleo P. *Rafael Villavicencio. Perfiles de su vida y pensamiento (1838-1920)*. Edición del Ciclo Diversificado Rafael Villavicencio. Barquisimeto, Estado Lara, 1986.

cuando la inteligencia ha llegado a conquistar una verdad científica entra definitivamente a formar parte de su dominio”.

Sin embargo, a diferencia de Comte, para Villavicencio, como hemos visto en este Discurso de 1866, las ciencias y la fe no son contradictorias; él busca conciliarlas puesto que se despliegan en dimensiones distintas, pero ambas contribuyen a la civilización. Vemos de qué manera el joven académico, en su primera disertación pública como profesor, se debate entre dos opciones, ninguna de las cuales es prescindible, para armonizarlas y hacerlas coexistir; por un lado, el horizonte de las verdades objetivas y empíricamente comprobables, que se despliegan a través de la razón y por el otro, el de los imperativos morales que son universales; éstos no se pueden verificar pero se vivencian e identifican a través de la fe, de la dimensión emocional y los sentimientos, como las verdades del corazón o convicciones subjetivas, en las que se anclan los principios éticos y estéticos, la bondad, la justicia, la honestidad, el respeto, el equilibrio, la belleza, la interioridad, la esperanza, los sentimientos altruistas y sublimes de generosidad y solidaridad. Ellos nos hacen descubrir a los otros como nuestros semejantes. Y “nos muestra a todas las naciones tendiendo por el progreso social, al par que por el intelectual y material, a la unidad de la gran familia humana.”

Así, pues, si bien Comte inspira en Villavicencio el propósito combativo de transformar la realidad venezolana a través del conocimiento riguroso y el estímulo al saber científico de la naturaleza, es decir, de sus leyes, se delineó simultáneamente como positivista y espiritualista desde su primer Discurso de 1866. No cesó de impulsar las condiciones indispensables al progreso en el ámbito de la cultura en Venezuela, pero no renunció al sentido religioso (*re-ligare*) y a la fe desde los cuales sentía y vivía su vinculación con la dimensión sobrenatural y con el cosmos.

Para Villavicencio, es imposible ignorar el último principio, o el primer motor, que no se puede comprender, porque nuestro entendimiento, como nosotros los seres humanos, es limitado, pero cuya presencia puede ser percibida. Así, cuenta Luisa Poleo en su *Rafael*

Villavicencio. *Perfiles de su vida y pensamiento*⁷, un episodio ocurrido durante el período de viudez de su primera esposa:

... Vivía solo en su casa de Caracas, lleno de libros y escribiendo constantemente. Estaba tan intelectualizado, quizás inmerso entre tantas doctrinas científicas y filosóficas que todos comentaban que vivía como un asceta.

Una noche cuando se encontraba escribiendo, rodeado de libros, muebles y una colección de sombreros en su escaparate; ya pasada la medianoche se paró a descansar, reflexionaba y se sintió muy solo, sin tener con quien compartir la ansiedad que sentía, tal vez tuvo miedo al silencio de la medianoche, lo que hizo que se asomara a la ventana. No había nadie en la calle y comenzó a pensar:

-Estoy solo, muy solo.

De repente sintió una fuerza extraña y dijo:

-No, no estoy solo, alguien me acompaña.

¿Quién será? Inmediatamente pensó en Dios y aseveró:

-Dios está conmigo. Tomó fuerza inhalando profundamente, su miedo se extinguió y siguió escribiendo. Al día siguiente se sintió más seguro y ratificó. NO ESTOY SOLO, DIOS, EL OMNIPRESENTE, ESTÁ CONMIGO.

Sin embargo, para Villavicencio, la perspectiva teórica desde la cual profesa su ideario transformador de la realidad, es el de “la filosofía positiva, creación del genio de M. Augusto Comte”. En este sentido, es imposible para él negar el progreso de las ciencias, como el de la industria, las artes y la libertad. Hace un recorrido de la evolución histórica de las sociedades, desde el estado más primitivo, hasta el más avanzado. Y se asombra de los progresos que la técnica y la industria han logrado. No obstante, agregaba en su primer público testimonio de adscripción al positivismo: “Son bellas las maravillas de la creación;

⁷Luisa M. Poleo P. *Rafael Villavicencio. Perfiles de su vida y pensamiento... Op. Cit.*

pero es más bello ver la mano del hombre continuando las obras de la divinidad.” No perdía de vista que el sabio es consciente de sus limitaciones. Pero nada justifica que se cierre a una mentalidad innovadora.

Por eso, en dicho Discurso hizo, además, una apología de la industria: “Si la industria es favorable al desarrollo de las ciencias y las artes, no lo es menos al de las buenas costumbres.” Sin embargo, agregaba: “El inmoderado deseo del oro, el fausto, la personalidad, vicios que se atribuyen a la industria, son por desgracia inherentes al corazón humano y han dado nacimiento a los monopolios y privilegios que el régimen industrial se esfuerza en hacer desaparecer.” Así que, si la justicia, la bondad y la caridad son virtudes practicadas por los hombres industrioses, “la industria que hoy se afecta presentar como la fuente de todos los vicios es la madre de las buenas costumbres”, además de perfeccionar también las relaciones sociales.

Villavicencio, pensador liberal y democrático

De este modo, Villavicencio abre una brecha en la tradicional sociedad venezolana, al proponer que, cuando se hacen armónicos todos los intereses, “el régimen de libre concurrencia debe necesariamente conducir a la paz; y si todavía la guerra comparte con aquélla el dominio del mundo, es porque no se han extinguido los privilegios”. Y “cuando el positivismo se haya adueñado de todas las inteligencias”, brillará la paz en vez de la guerra; se logrará que el régimen industrial gobierne al mundo y que el hombre sea libre, de acuerdo con “las leyes del espíritu humano, por las leyes sociológicas, y por la filiación de los hechos históricos.” Para terminar el desarrollo de su tesis en este primer Discurso público de su vida profesional, señalaba que: “La sociedad tiene dos necesidades igualmente imperiosas, el orden y el progreso; es uno tan anárquico cuando pone trabas al progreso, como cuando perturba el orden.” Y añadía, con referencia inmediata a las luchas incluso sangrientas que se desarrollaban en esa Venezuela de su tiempo, con los enfrentamientos políticos y militares entre Liberales y Conservadores:

*Dos grandes partidos se han dividido la dirección de la humanidad:
el partido del orden y el partido del progreso. En sus perennes luchas
han dejado asomar la cabeza a un tercero, el conservador, que niega*

los principios en nombre de las consecuencias, y el de las consecuencias en el de los principios. Todos han hecho muchos males...

Urge una “reorganización social” pues, si no, vamos, en estas condiciones, hacia un callejón sin salida, que impide tanto el progreso como la civilización. Por eso, desde la perspectiva positivista, agrega:

En todo fenómeno natural, y la sociedad es uno, la intervención humana no es eficaz sino a condición de conocer la ley; no hay, pues, gobierno verdaderamente sólido sino el que satisface al orden y al progreso: para la conciliación de los dos partidos es necesario que el del orden deje de ser retrógrado, y el del progreso deje de ser revolucionario.

Así como Comte lo había descrito con claridad en su “Lección 46” del *Curso de Filosofía Positiva*, y que ratifica en el segundo tomo de su *Sistema de Política Positiva*, Rafael Villavicencio, siguiendo la vertiente abierta por Comte, concluye al respecto:

Creer que es posible el orden por la restauración de las antiguas cosas, es un error; creer que baste a la sociedad las continuas luchas para la destrucción de lo antiguo y de lo actual es otro error; pero pedir que las mutaciones necesarias se cumplan sin desorden, o que la conservación del orden no se oponga al cumplimiento de las mutaciones necesarias, es, bajo dos fórmulas equivalentes, asentar el problema político en su totalidad.

Ahora bien, según Villavicencio, ni acciones voluntariosas, ni por intuición o sentimientos, se resuelven las cuestiones sociales, sobre todo en América:

tales mutaciones necesarias no se realizan al acaso y de una manera desordenada: ha aguardado el Supremo Hacedor, someter las evoluciones sociales a leyes tan invariables como las que rigen la naturaleza física, y como dichas leyes llevan consigo su sanción inevitable, el obrar en desacuerdo con ellas es emplearlas contra sí.

Como analizamos en el texto ya citado *Evolucionismo versus positivismo*, al trasladar Villavicencio al contexto venezolano la proposición ideológica de Comte, que “era la conciliación de ‘orden’ y ‘progreso’, que habían sido escindidos desde 1789 al ligarse el orden al partido retrógrado y el progreso al revolucionario”, este brillante intelectual, desde su primera exposición pública en 1866, se adelanta a proponer una solución que garantice la paz, inspirado en el positivismo, como única vía para alcanzar la situación de apaciguamiento y conciliación, mediante una alianza liberal-conservadora, condición de progreso dentro del orden; este anhelo sólo comenzaría a perfilarse con el primer gobierno de Antonio Guzmán Blanco, a pesar de que la pugna entre facciones siguió siendo un mal endémico y hasta 1888, “no conoció la nación una verdadera tranquilidad. El régimen de la Oligarquía Conservadora había sido el escenario de desórdenes intermitentes, pero la Guerra Federal dejó tras sí un estado de lucha crónica”, según el juicio de Level de Goda⁸. Sin embargo, un ejemplo de las tentativas para que cesaran las luchas entre facciones fue cuando, el 21 de septiembre de 1870, como se lee en *Venezuela en el Tiempo II*, de Manuel Guevara Baro, “Las fuerzas oficialistas liberales al mando del general Matías Salazar, vencen en la batalla de Guama, cerca de San Felipe, a los conservadores dirigidos por el general José María Hernández, que resistían en esta zona”⁹. En contra de la tradición guerrerista que acompañaba estas luchas, insólitamente, “Matías Salazar sin embargo, – agrega Guevara- decide no perseguir a los derrotados, lo cual genera críticas dentro del guzmancismo.” No hay duda de que no fue fácil la pacificación del país, pues no paraban los levantamientos de los caudillos, como demostró, por ejemplo, el trágico final del propio Matías Salazar, vuelto conspirador incesante en contra de Guzmán Blanco, y fusilado después de ser sometido a Consejo de Guerra, en mayo de 1872.

Por ello, sin perder de vista, frente a lo urgente, lo importante, termina su Discurso de 1866 con una exhortación a los jóvenes, “dedicados a la noble carrera del saber”, para elevar sus

⁸Cfr. Luis Level de Goda. *Historia Contemporánea de Venezuela* (1893). Caracas, OCI, 1976.

⁹Manuel Guevara Baro. *Venezuela en el tiempo II*. Cronología desde la fundación de la República hasta el gobierno de Juan Vicente Gómez. Caracas, Los Libros de *El Nacional*, 2009.

talentos a las exigencias de conocimiento y de respeto a la verdad; “los unos en el poder, los otros en la opinión pública”, están llamados a ser apóstoles para la reorganización del orden social: “no olvidéis que es de la cabeza del hombre ilustrado y que ha tenido tiempo de conocer el mundo, que salen juicios rectos sobre todas las cosas; despreciad a los declamadores...”. Con ello, alerta a la juventud a no dejarse arrastrar ni por la lisonja ni por la seductora demagogia de quienes hoy alaban a la multitud y “mañana adorarán la tiranía”. Les pide: “infiltrad los conocimientos en todas las condiciones sociales; honrad el trabajo y procurad el desarrollo de la industria; empeñaos en buscar la verdadera fuente de riqueza del país, para que explotándola, os hagáis felices siendo justos...” De este modo, traza Villavicencio un verdadero plan para la modernización de la nación, “... y habremos merecido ser llamados en el mundo civilizado *Venezuela*”. Él sabe que se está dirigiendo a la élite del país, sabe que la educación es la mejor arma para combatir la injusticia; y sabe de la urgencia que existe para que esta juventud preparada, que mucho ha recibido y por eso mucho tiene que dar a la sociedad, sin egoísmos, asuma las riendas del destino de la nación, desarrolle su actividad con la vista puesta en la inclusión social y en la integración, lo más homogénea posible de todos los sectores, a los bienes, materiales y simbólicos, del progreso, en lugar de que continúen los privilegios de quienes se imponen por la fuerza de sus actos y no por la fuerza de la razón o de la ley.

Conclusión

Este aspecto fundamental del pensamiento de Comte que es la teoría del progreso, es defendido en forma reiterada por Villavicencio a lo largo de toda su carrera profesoral. Sin embargo, con convicciones democráticas profundas, nunca se adscribió a la tesis de Comte acerca de la “sociocracia” o “dictadura republicana” que éste enunció en el *Catecismo Positivista*¹⁰, desde el Prefacio, y desarrolló en el *Sistema de Política Positiva*, considerada como su filosofía dogmática o doctrinaria. Para nada podríamos identificar a Rafael Villavicencio con las siguientes palabras de Augusto Comte:

Venimos pues, abiertamente a liberar a Occidente de una democracia

¹⁰Augusto Comte. *Catecismo positivista*. O exposición resumida de la religión universal. Edición preparada por Andrés Bilbao, con introducción, traducción y notas. Madrid, editora Nacional, 1982.

*anárquica y de una aristocracia retrógrada, para construir, tanto como sea posible, una verdadera sociocracia, que haga concurrir a todas las fuerzas humanas aplicadas siempre, según su diversa naturaleza, hacia la regeneración común. Nosotros, los sociócratas, no somos ni demócratas ni aristócratas*¹¹.

Se trata de convertir el progreso en un esfuerzo deliberado. Y ésta debe ser sin duda la principal tarea política del Estado. Tales convicciones, basadas en un profundo conocimiento de su tiempo y de su patria, alejan cualquier juicio que pueda considerar a Rafael Villavicencio como un sabio refugiado en su torre de marfil, ajeno e indiferente ante las terribles circunstancias de la Venezuela de entonces, agitada por la lucha de facciones y la miseria moral y social en la que se debatía el país. ¿Hasta qué punto repercutieron sus planteamientos en la opinión pública y qué alcance político tuvieron? Sabemos que este discurso tuvo de inmediato mucha repercusión y suscitó acres debates entre tradicionalistas y progresistas; fue difundido en varios diarios, como luego el célebre discurso que reiteró las principales ideas del de 1866, de enero de 1869; el periódico *El Federalista* de Caracas publicó su texto completo en entregas sucesivas en los números correspondientes a los días 22, 23, 26 y 28 de enero y 1° de febrero de 1869. Sabemos también que su compromiso con el impulso al progreso se mantuvo inalterable hasta su último momento de vida, en el ejercicio de la medicina, en las contribuciones a la opinión pública, y en la lucha por causas altruistas, como demuestra su último cargo, en 1920, de Presidente de la Cruz Roja de Venezuela.

El sentido apostólico y de responsabilidad social del ejercicio de la medicina fue una preocupación constante en la trayectoria fructífera de Rafael Villavicencio, e igual su deseo de compartir con sus colegas de gremio estas convicciones, para involucrar a los particulares en el necesario progreso, que no es sólo ni exclusivamente papel del Estado, sino cooperación recíproca entre éste, representado por el gobierno de turno, y la sociedad;

¹¹Cfr. Augusto Comte. *Sistema de Política Positiva*. Op. Cit.

porque para Villavicencio, no se trata, en su concepción de la política, del mero *laissez faire*, del “dejar hacer” del Estado que da la espalda a la sociedad, o de ésta que no se preocupa sino por su interés privado, ni tampoco de la sumisión de los ciudadanos hacia el Estado, como se plantea en regímenes anti-liberales y autoritarios, o despóticos, sino de la marcha concertada entre ambas partes. En este sentido, también era raigalmente un demócrata. Y su obra fue siembra de futuro y decencia.

Caracas, 20 de octubre de 2011.